

Alfredo Cazabán Laguna

14 Enero 1931

SEÑORES ACADÉMICOS:

Por primera vez me toca expresar en nombre de todos el sentimiento que embarga nuestro ánimo por la pérdida de un compañero ilustre, cuya memoria evocaré ante vosotros, no porque necesite de mi torpe palabra para que su recuerdo permanezca vivo, sino como ofrenda de modestas flores a la memoria de aquel hombre bueno y sabio que se llamaba Alfredo Cazabán Laguna.

Tuve la fortuna de conocer al gran polígrafo cuya pérdida deploramos, y si antes de conocerle y tratarle ya pude apreciar las muchas y altas disciplinas que él señoreó con su profundo ingenio, su docta diligencia y su vigorosa cultura, después, aunque a los hombres de esta calidad se les conoce mejor por las obras y frutos de su virtud y saber, y están muy recientes los frutos y las obras del que fué nuestro compañero y amigo, bien podré bosquejar su semblanza con pocos y sencillos rargos, pues no pretendo otra cosa, ni la sufren mayor los lindes de este trabajo.

Quede para los que puedan y sepan loar con el debido discernimiento las cualidades de tan austero varón, las virtudes de su sentido crítico, la rica mies de su investigación, señalando los beneficios que le deben la Literatura, la Geografía y la Historia.

En el renacimiento intelectual del siglo XIX, en aquel silencioso amanecer de todos los estudios, caídos durante muchos años bajo el estruendo de las armas, aparece la recia figura de Alfredo Cazabán, que con su viril esfuerzo conquista un puesto eminente, no sólo en cuestiones de arte e historia, sino en los más complejos menesteres de la profesión periodística, a la que había consagrado todos sus entusiasmos, y en la que supo conquistar el prestigio correspondiente a su labor brillante y eficaz.

Al periódico dedicó don Alfredo Cazabá sus primeras actividades, y a los catorce años publicó sus primeros artículos en Ubeda, su patria, donde se editaron *El Látigo* y *El Moscardón*. Niño aún, cuando jugaba a hacer versos y escribir prosa, constituyendo su infantil recreo redactar periódicos, como si fuera un hombre, y publicar libros, la adversidad cayendo sobre su hogar, perdida la fortuna que sus padres reunieron, al ver derrumbarse todo, llegó el doloroso instante de alejarse para siempre del pueblo de sus amores. Por aquellos días el Casino de Artesanos de Ubeda celebró una velada literaria, y en ella leyó Cazabán unos versos. Oid sus dos últimas estrofas:

Allá en los extraños países
iré mi vida pasando,
los recuerdos evocando
del pueblo donde nació;
que están aquí las venturas
de mis infantiles días,
y aquí están mis alegrías,
y mis lágrimas aquí.

Adiós, ciudad venturosa,
patria de ilustres guerreros;
hoy por nuevos derroteros
me voy de la muerte, en pos.

Adiós, Ubeda la noble;
techo donde yo he nacido,
cuna donde me he mecido,
pueblo de mi madre... ¡Adiós!

Poned detrás de estas palabras todo lo que vosotros sabéis (y hay mucho, muy amargo, que ignoráis), de la vida luchadora del poeta, unos años en Madrid, hasta llegar a las rudezas del trabajo material, para el diario sustento de los que le dieron el ser. La forzada emigración a Francia, en busca del amparo de la familia paterna, y en el viaje, su padre que moría en sus brazos en un vagón del ferrocarril, en un país desconocido, pero para él dulcemente hospitalario; en las Vascongadas. En Francia, días de dolor y de trabajo también, labrando la tierra, al mismo tiempo que la hospitalidad le abría su noble corazón. Después, el retorno a España, y en este retorno, Jaén, siendo desde aquel día amparador y alentador de sus esfuerzos, mostrándose cariñosa para quien llamaba a las puertas de sus afectos; Ubeda abriéndole sus brazos, buenos, siempre buena; porque ella no le abandonó jamás y le ayudó a cumplir los deberes de hijo, hasta cerrar los ojos de su amante madre.

En su infortunio, Cazabán, fué grande y se sobrepuso a la adversidad, al dolor y a la pobreza.

Durante estos años su trabajo fué rudo, sin descanso y si alguna vez inclinó la frente reconociendo su humildad y su insuficiencia, pudo alzarla en cambio, como el que la levanta tranquilo de haber cumplido su deber. Su obra, en ese tiempo, constante, agotadora, nada significa que no sea la de obedecer la ley del trabajo.

Si alcanzó aplausos y triunfos, no le envanecieron y sirvieron solamente para alentarle.

Al periódico dedicó Cazabán sus primeras actividades y durante muchos años, en sus artículos fueron recogidas y comentadas las manifestaciones de la Historia, la Geografía y el Arte de la provincia de Jaén.

Su actividad periodística no anuló en Cazabán el artista ni al historiador. Era uno de los españoles que mejor conocían su patria chica, la cual había recorrido buscando en las regiones apartadas, en los pueblos mal conocidos, en los rincones de las sierras los elementos históricos o artísticos para él inapreciables, que le brindaban la arquitectura, los usos, los trajes, las costumbres. Hizo largas excursiones, no cómodos viajes de estudio, sino fatigosas peregrinaciones en que el entusiasmo vencía todos

los obstáculos hasta conseguir el nuevo dato, el nuevo hallazgo arqueológico, el vestigio de las muertas civilizaciones que luego durante 19 años fué divulgando desde las columnas de su *Don Lope de Sosa*, su obra fundamental, en las que campean sus dotes de consumado geógrafo, de historiador sagacísimo, de arqueólogo lleno de noticiosa y fragante erudición.

Las primorosas monografías «Apuntes para la historia de Ubeda», «Cosas de antaño» y «El reino de Jaén y San Fernando» demuestran su caudaloso saber, sus admirables descubrimientos en las más secretas penumbras de la historia jiennense.

Añadid a este sus numerosos trabajos premiados en Juegos Florales y certámenes en Jaén, Almería, Córdoba, Linares y Cartagena; su incesante labor en los institutos sabios y docentes, ya como Delegado Regio de Bellas Artes, ya como Director del Museo Provincial, ya como Secretario del Patronato Nacional del Turismo, ya como individuo de las Reales Academias de la Historia, Bellas Artes de San Fernando, Buenas Letras de Sevilla, Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y habreis cabal resumen del espléndido horizonte que abarcaron la capacidad y la cultura de don Alfredo Cazabán Laguna.

Por haberse forjado en el duro yunque del infortunio el alma de Cazabán, tienen sus escritos un bello singular. En ellos se admira la fidelidad acuciosa con que observa; la sobriedad y firmeza con que vigorosamente describe; la sensibilidad con que acierta a verter en el ánimo del lector, la limpieza y serenidad del criterio con que forma sus juicios siempre nobles y honrados.

Otro rasgo fisonómico que tenía vigoroso relieve en los escritos de Cazabán era su españolismo. El patriotismo de Alfredo Cazabán era honda y genuinamente español. Su voluntad firme conservó siempre este carácter y le preservó de las flaquezas en que el alma del escritor hubiese podido caer, seducida por el abolengo francés de su padre.

Cuando escribe lo hace con peculiar estilo, con el don de resumir y encerrar en corto espacio argumentos, ideas y exposiciones detalladas, y siempre con reconocimiento tácito o explícito del valor de lo que expone y comenta. Limpio de toda envidia, su aplauso es el primero, no abriendo jamás la boca para la censura; huye de toda exhibición, hoy tan de moda, y cuando el deber le coloca ed tal trance, cumple su misión con sobriedad, pero en tal forma, que sin proponérselo, luce la elegancia de su arte y el caudal de sus conocimientos.

Sin capacidad suficiente para comentar la extensa producción de Alfredo Cazabán, como toda ella está influída por su bondad ingénita, y como en este día, pese a su modestia, debemos recordarla, mencionaremos sus obras «El teatro como escuela de las costumbres», «Política vieja», «Notas e ilustraciones a una descripción de la batalla de Bailén», «Como debe ser la prensa moderna», «Jaén como base de la conquista de Granada», «La cuestión social en Jaén durante el siglo XIX», y sus colecciones de poesías tituladas «Pinicos», «Los tristes» y «Rayos de luz», fruto

de sus años mozos, en los que el sufrimiento no logró enturbiar las perspectivas luminosas y alegres de la vida, ni la secreta amargura, ni las lágrimas se mezclen con la tinta en que mojó su pluma. Sus poesías acreditan sensibilidad exquisita y maestría en el manejo de nuestro idioma, para declarar, matizar y ennoblecer los conceptos, mostrando en ellas, además de sus felicísimas disposiciones naturales, el ejercicio y la lectura asidua de los mejores autores.

En Enero de 1927, Jaén y Ubeda le rindieron un homenaje para entregarle un pergamino y una condecoración, y descubrir una artística lápida que daba su nombre a la plaza de San Isidoro. En este homenaje tomaron parte, no sólo numerosas personalidades de toda la provincia de Jaén, sino de España entera, que en múltiples facetas se asoció al merecido homenaje que la provincia rindió a su Cronista en la noble ciudad de las Torres.

Escritores y artistas, compañeros y amigos de Cazabán, con Cazabán estaban el día memorable en el que se premiaba una labor honda, ancha, una labor incansable en favor de cuanto ensalzara el Reino de Jaén, en nombres, en arte, en historia.

La muerte de Alfredo Cazabán es una pérdida grande para el arte y la la historia de nuestra patria.

Para esta secular Academia y para los que como nosotros nos honrábamos con su amistad y afecto, fraguados en larga convivencia, nacido ante el diario ejemplo del escritor y del hombre, la muerte del ilustre Cronista de Jaén constituye un dolor difícil de expresar, dolor que comparten con nosotros cuantos por tratar al insigne escritor conocían sus méritos, su saber y su hidalguía.

ANTONIO SARAZÁ MURCIA.

